



CAPITULO XXXVIII.

El hombre-piedra.

OGAZÓN era un hombre sereno y valiente, pero no era soldado. Escogió los puntos más formidables para esperar al enemigo. El terreno áspero, lleno de abismos profundos y de cimas poderosas habría servido á cualquiera otro, si no para triunfar, al menos para no ser vencido; si no para sostener un combate serio, siquiera para ganar el tiempo que se quisiera con marchas y escaramuzas que habría sido imposible que no acabaran con un ejército nada ligero que necesitaba estar siempre compacto. Ogazón escogió las posiciones y cubrió los pasos, como si aquellos solos hubiera y como si entre los contrarios no se encontraran muchos expertos que conocían al dedillo las veredas más ocultas; de manera que fué fácil á Miramón evitar la entrada de frente y hacer una marcha de flanco por el cerro de los Pericos.

Así pudo derrotar, primero á Pueblita que le presentó acción con ochocientos hombres en el punto nombrado, y luego á Rojas en el paso de Taxinaxtla que tenía que cubrir con mil hombres, y que no lo cubrió porque antes fué alcanzado y envuelto, pareciendo inverosímiles dos cosas: primero, que se hubiera confiado á secciones pequeñas la misión de detener á todo un ejército que por fuerza tenía que abatirlos, y segundo, que no hubieran éstos tenido tiempo de colocarse en los puntos que iban á defender, con la debida anticipación.

Sea como fuere, sin duda porque no estaba escrito que se eclipsara aún la buena estrella de Miramón, las muchas torpezas de los liberales hicieron que aquel consiguiera una de las más fáciles victorias en toda la línea. Primero arrolló á Pueblita y á Rojas, según hemos dicho, como era natural que los arrollara, en seguida entró á Colima que le fué abandonado por el gobernador Contreras Medellín, y por último, para coronar la obra, se encontró al grueso del ejército contrario, muy mermado ya, al lado opuesto de la Barranca de Beltrán dispuesto á presentarle batalla, lo cual le hizo exclamar:

—¡Bendito sea Dios! Mucho me temía que hubieran huído ó se hubieran fraccionado.

La resistencia que hicieron los liberales fué enorme, y aunque no llegaron á conseguir que el éxito del combate pareciera dudoso, sí hicieron que la derrota fuera á costa de trescientos hombres de los tacubayistas que quedaron en el campo muertos ó heridos. Después de que los liberales perdieron su artillería, que era entonces la principal señal de la pérdida de una batalla, cada jefe se retiró por donde pudo con la gente que quiso seguirle, para irse á reu-

nir en la costa ó donde podían, para tener á los dos meses un nuevo ejército más ó menos bien organizado.

El que no tuvo suerte en esta vez fué el general don Juan N. Rocha, quien mandaba el famoso 5° batallón de línea desde la época de Comonfort: Rocha fué muerto en la huida por sus mismos soldados, ya fuera por robarlo ó porque se les hubiera hecho odioso por su carácter irrasible y el mucho rigor á que era afecto.

Miramón volvió á México más glorioso que nunca, menudeándose á su paso por las poblaciones que tuvo que recorrer los repiques, los arcos triunfales, los discursos de felicitación, los banquetes y las fiestas religiosas en todas las catedrales, en las que se le recibió como si fuera el Mesías verdadero.

La nota saliente en los brindis, felicitaciones y manifiestos, fué ésta:

«Ya todo está bien encaminado: ahora lo que importa es aniquilar á los traidores de Veracruz.»

Esto decían Miramón, los ministros, los eclesiásticos y los periodistas encargados del bombo.

Indicados así los anhelos del bando conservador, apenas pasaron los brindis, discursos, felicitaciones, dísticos y manifiestos, se comenzaron los preparativos de la nueva campaña, siendo el primero el de los recursos. Se convocó á los ricos comprometiéndoseles á que soltaran doscientos cincuenta mil pesos, porque el clero, siempre que podía se quitaba la *lazada*. Todo estuvo listo para que el soldado de Dios saliera de México el día 8 de Febrero, al frente de uno de los más poderosos ejércitos que hasta entonces habían podido organizarse. Muchos hombres de á pié y de á caballo, muchos cañones, muchos carros, mu-

chas mulas, mucho dinero y mucho entusiasmo para apoderarse del primer puerto de la República.

—Y qué tal, general, preguntó el Arzobispo al general Presidente al despedirse, ¿cree usted que en esta vez caerá la plaza de Veracruz?

—Tengo un plan infalible, contestó Miramón sonriéndose.

—¿Puede saberse siquiera una parte?

—Es mi secreto.

El secreto era éste: el gobierno tacubayista, con el mayor sigilo, había mandado al ministro don Tomás Marín á la Habana con el encargo de comprar unos barcos de guerra, y encontrarse á mediados de Febrero bloqueando con ellos á Veracruz, de modo que el puerto pudiera ser atacado por mar y por tierra al mismo tiempo. De esta manera Juárez y los suyos tenían uno de tres caminos, capitular, rendirse ó sucumbir. Lo probable sería que quedarán sepultados en los escombros.

El plan no podía ser más maravillosamente concebido.

Pero sucede que los mejores planes tienen sus contratiempos. Hay que calcular que aquellos contra quienes se dirigen no se han de estar con los brazos cruzados si los conocen ó los sospechan.

Así fué que el gobierno de Juárez, que tenía buenos amigos, supo lo de los barcos y dió aviso al de los Estados Unidos manifestándole que no sería responsable de los daños que causaran, porque no teniendo bandera autorizada, deberían considerarse como corsarios.

El día, pues, en que deberían comenzar las operaciones sobre Veracruz, después de que Miramón había mandado marinos y tropa á don Tomás Marín, estaba sobre

los médanos nuestro Macabeo esperando que su flotilla apareciera en el horizonte. Estaban con él sus principales jefes y oficiales, y entre ellos el ex-Presidente Robles Pezuela, á quien por lo que pudiera suceder, siempre lo conservaba á su lado.

—Anoche estuvo anclado Marín en Antón Lizardo, según lo convenido, dijo Miramón inquieto, ¿por qué no se presenta aún en la bahía?

—Me parece que esta ausencia de Marín debe estar relacionada con el tiroteo que escuchamos anoche, dijo Robles Pezuela.

—Debió mandarme un aviso, murmuró Miramón.

—¿Y si se le han sublevado las tripulaciones?

—Siendo los hombres en su mayor parte extranjeros, no es probable.

—Tal vez los cien hombres que se le mandaron.

—Tampoco, porque llevaban oficiales de confianza.

—Pues entonces. . . .

Robles Pezuela fué interrumpido por un correo que llegó.

El aviso llegaba de Alvarado y sus términos eran concisos, pero aclaraban el misterio terminantemente: la flotilla de don Tomás Marín había sido capturada la noche anterior por un buque de guerra americano.

—¡Traición! murmuró Miramón poniéndose cárdeno.

—¡Traición! exclamaron también los generales que lo rodeaban.

Y siguieron los comentarios, que tan terribles eran para los americanos como para Juárez y su gobierno. Aquello era un atentado inaudito, era una humillación impuesta, no al partido conservador, sino á la República, pues aunque los buquecitos procedentes de la Habana no

tuvieran bandera, ni pertenecieran á la marina mexicana, llevaban oficiales mexicanos, que de todas maneras pertenecían á uno de los partidos beligerantes, respecto de cuyas luchas debía guardar la más estricta neutralidad el gobierno americano, aunque no la hubiera guardado de ningún modo el capitán general de la isla de Cuba.

Y como casi á esas mismas horas aparecieron en la boca de la bahía una corbeta de guerra americana y los vapores el «Wave» y el «Indianola,» estos últimos con bandera mexicana, en virtud de haber sido comprados por Juárez, llevando presos al «Marqués de la Habana» y al «Miramón» que componían la flotilla de Marín, los comentarios fueron más ágrios, y entonces fué cuando lleno de ira exclamó el Presidente tacubayista:

—Ya me la pagarán los de la plaza: voy á convertir ésta en cenizas.

¡Y la hubiera convertido en pavezas si hubiera podido!

Lo de Antón Lizardo, pues en el puerto de Antón Lizardo pasó el suceso, fué una cosa muy sencilla, de cualquiera de los dos modos que se considere: ó realmente se tomaron por buques de piratas los de don Tomás Marín, una vez que al pasar frente á Veracruz se les conminó á que izaran bandera y no la mostraron, ó los americanos quisieron prestar esa ayuda á Juárez como republicanos, en contraposición á las *valeduras* que les estaban haciendo á los conservadores las monarquías que los habían reconocido como gobierno, y los estaban fortaleciendo no sólo moralmente, sino con auxilios que se trajeron en empréstitos y buques procedentes de la Habana.

El «Marqués de la Habana» y el «General Mira-

món,» armados en guerra, pasaron por frente á Veracruz sin querer izar pabellón, fueron denunciados como corsarios, anclaron en Antón Lizardo, mientras se ponían de acuerdo para principiar las operaciones, y á las once y media de la noche se vieron atacados por la corbeta Saratoga y tuvieron que rendirse, siendo llevados los tripulantes á Nueva Orleans en calidad de piratas, en donde todos fueron puestos inmediatamente en libertad, de modo que solo se consiguió que por el momento fracasara una gran empresa.

Miramón, sin embargo de ese contratiempo, que le quitaba sólo una probabilidad de ocupar la plaza y muchas de coger prisioneros á don Benito Juárez y sus ministros, como tenía ocho mil hombres y muchas piezas de artillería dotadas de toda clase de proyectiles, entre los que se contaban buen número de bombas de á placa, mandó establecer desde luego sus baterías y su campo de combate para sitiar á Veracruz en toda regla.

Aunque era algo impaciente y gustaba de despachar pronto esa clase de asuntos, se propuso gastar una ó dos semanas á lo más en realizar su intento.

El día 6 de Marzo en la noche había sido lo de Antón Lizardo, y el 7 se recibió la noticia en el campo de los sitiadores. El 8 se recibieron los fuegos de la plaza sin contestarlos. El 9 se establecieron faginas de trabajadores para levantar contra-fuertes y fueron ametralladas. El 10 se trabó una ligera refriega fuera de las fortificaciones. El 11 continuaron las escaramuzas, y los sitiados mandaron algunas bombas de catorce pulgadas, con buena dirección, á la Casa Mata ocupada por el Cuartel general de los sitiadores, no sin causar algunas pérdidas. El 12 hicieron un cañoneo muy vivo los de la plaza, para impedir las obras

de los sitiadores que continuaron bajo los fuegos enemigos con toda la violencia que era posible.

El 13 y el 14 se suspendieron las hostilidades y se abrieron las negociaciones de paz á solicitud de algunos diplomáticos extranjeros, por medio del capitán del buque de guerra inglés el « Valorous, » surto en la bahía. El referido capitán, Mr. W. Cornwallis Aldham, se acercó al gobierno de Juárez con una nota del ministro inglés, manifestando que la Gran Bretaña deseaba que se celebrara un armisticio de seis meses, para que una asamblea fuera reunida y resolviera las dificultades.

Juárez dijo que aceptaba todo cuanto se propusiera, con tal de que el convocado fuera el Congreso Constitucional, conforme á la Carta de 1857.

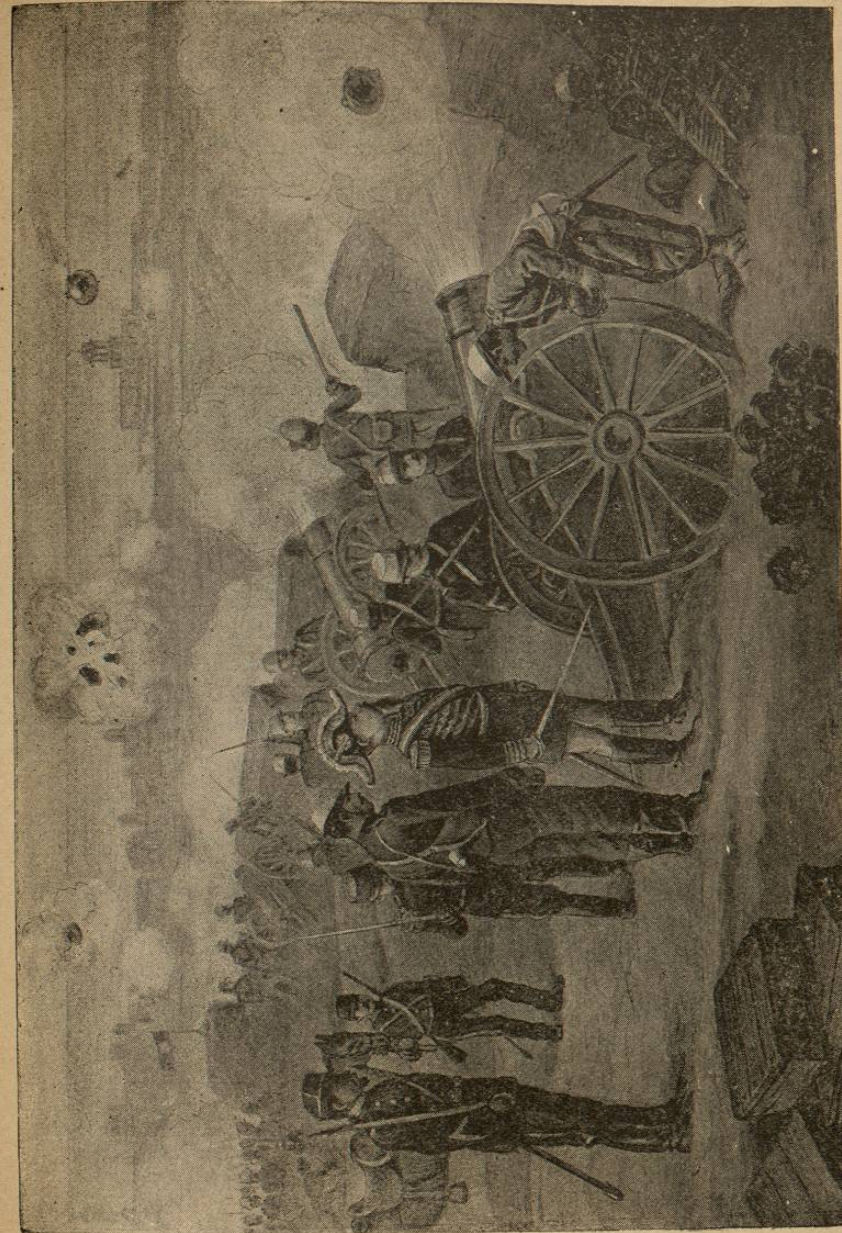
Miramón, por su parte, dijo que los comisionados para el armisticio serían los que dirían de qué manera se convocaría á la nación para decidir las cuestiones pendientes, y que mientras se estableciera un gobierno provisional.

Naturalmente, no quiso ceder ninguno, y el día 15, durante dos horas y media, se estuvo bombardeando la plaza de un modo terrible.

Se dijo entonces que los sitiadores se habían aprovechado del armisticio para establecer sus baterías. El fuego fué contestado también de un modo vigoroso,

El 16, el 17 y el 18 siguió el bombardeo, notándose con cierta admiración que no se trataba de abrir brecha ni de destacar columnas para atacar la plaza, sino de destruirla con los proyectiles que todos iban al centro de la población.

Con ese motivo, el capitán Aldham dirigió una nota á Miramón, diciéndole que era bárbara la forma en que se



En efecto, el día 21 se dispararon los últimos cañonazos.

estaba batiendo la plaza de Veracruz, pues no se dirigian las bombas sobre los fuertes, sino sobre las casas de los particulares, causando graves perjuicios á las familias nacionales y extranjeras.

« Ese modo de hacer la guerra, le decía el capitán, es á la vez bárbaro é inusitado, contrario á las reglas observadas por las naciones civilizadas, é indigno del corazón de un soldado cristiano.»

Miramón contestó que nadie tenía la culpa más que la obstinación de Juárez, que debía rendirse á fin de que la paz fuera ya establecida en toda la República. A sus generales les dijo:

—La verdad es que nuestros cañones no pueden nada contra esas dobles murallas, y que necesitaríamos perder la mitad de nuestra fuerza para entrar en la plaza.

—Pero si hemos de entrar. . . . dijo Robles Pezuela.

—¿Usted cree que nos dejarán salir? preguntó Miramón.

—Entonces. . . .

—Entonces tendremos necesidad de retirarnos mañana.

En efecto, el día 21 se dispararon los últimos cañonazos, y luego comenzó á retirarse el ejército conservador, sin que hubiera en la plaza fuerzas de caballería para molestarlo en su fuga.

Cuando Miramón llegó á la Capital, después del acostumbrado *Te Deum* en la Catedral, le preguntó el Arzobispo:

—¿Qué es lo que ha pasado por fin en Veracruz?

—Que me he encontrado allí con el hombre-piedra, contestó Miramón.
